

CUADERNOS DEL LABERINTO



CUADERNOS DEL LABERINTO

Pablo García Naranjo

LA MISERICORDIA
DEL VERDUGO

Una novela de Coburn



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, nº19—

MADRID • MMXVIII

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento
transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © PABLO GARCÍA NARANJO

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © Tithi Luadthong

Primera edición: Marzo 2017
I.S.B.N: 978-84-948260-3-0
Depósito legal: M-4934-2018
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

CUADERNOS DEL LABERINTO

A mis padres por inculcarme la lectura.

A Maricarmen, siempre.

A José María Carrasco.

NOTA DEL EDITOR

Hay libros que te tocan por dentro. Que de alguna extraña forma sientes que están escritos para ti. Que hablan de ti. Y te resulta incomprensible como alguien que no seas tú los haya podido escribir. Pequeños milagros literarios que, de vez en cuando, nos suceden.

Son libros que también tienen el poder de cambiar tu opinión sobre las personas. Alguien que hace un minuto te parecía anodino, insulso o directamente estúpido, se convierte en miembro de tu bando sólo con asegurar que le gusta tal o cual libro (Me resulta impensable que alguien a quien no le guste *El largo adiós* pueda caerme bien, o incluso que le respete). Es algo más profundo que simplemente compartir gustos. Porque los libros dicen mucho de los que los leen. Eso fue lo que me sucedió cuando leí *Coburn*, de Pablo García Naranjo.

Y el destino, o quizás otro pequeño milagro literario, hicieron que cayera en mis manos el original de la segunda entrega de *Coburn*. Me sumergí en sus páginas con el deseo de volver a sentir

lo mismo que con aquella primera novela. El mismo vértigo, la misma emoción, la sensación de que era un libro escrito para mí. Y así fue. Todo seguía allí, intacto, aguardándome para que lo leyera.

Volví a encontrarme con ese asesino a sueldo cincuentón, con su propia moral, no la que le dicta un mundo que no le gusta. Al que la vida no logra doblegar por muchos golpes que reciba. No tan bueno como para resultar tonto, no tan malo como para ser cruel. Alguien al que, en definitiva, quisiéramos parecernos aunque seamos pocos los que lo reconozcamos. Era necesario que Coburn volviera.

Como no podía ser de otra forma, teníamos que publicarlo. Pocas veces me he sentido más orgulloso de sacar a la luz un libro como el que tiene ahora mismo entre las manos, *La misericordia del verdugo*. Porque una de las funciones más importantes de cualquier editor, quizás la más importante, es publicar novelas que ama. Propiciar que el público se contagie de esa pasión que despiertan algunos libros. Conseguir que formen parte de nuestra vida, que, una vez cerrados, nos acompañen para siempre.

Estoy seguro que muchos lectores compartirán mi entusiasmo por *La misericordia de verdugo*. Porque está escrito para mí y para vosotros, los amantes de la novela negra.

CARLOS AUGUSTO CASAS

La misericordia del verdugo

PRÓLOGO

Nadie llamaba al parque Jefferson de otra forma que no fuera *El Orinal*: césped amarillento, bancos de cemento y veredas de tierra aplastada; materiales de segunda y desgana municipal. La zona infantil era un laberinto de hierros oxidados y pintura descascarillada con formas de animales. De los colmillos mutantes de un elefante de hierro con moho colgaban un par de niños como crías de chimpancé, desafiantes al tétanos y a las fracturas de cráneo.

Mo disfrutaba viendo el atardecer desde su banco preferido, aunque le costara un viaje en autobús y perderse *Hospital General*. Siempre que no se tratara de negocios.

Mo se sentaba muy erguida, con la espalda paralela al respaldo de piedra y madera; cómoda sobre su cojín y atenta a los grititos infantiles, las bandas callejeras se reunían cerca de la entrada: chiquillos con las manos en los bolsillos de los vaqueros sucios y las miradas puestas en la carretera. Alimañas asustadizas. Así las veía Mo. Se merecían las luces rojas y azules, los golpes con porra y las sobredosis. Todo eso y más. Las revueltas callejeras brotaban como bubas en la piel de la ciudad gracias a esas criaturas salvajes. La droga compartía culpa con las madres de manos blandas y lenguas rebosantes de palabras amables. Lo escuchaba por la radio, mientras se duchaba, y lo veía en la televisión a la hora de cenar: caos, revuelta, crimen.

Mo cumpliría los setenta en verano, cuando el asfalto se derriera bajo las sandalias y el mundo pareciera arder. Era una anciana reseca y negra con la sonrisa invertida de la que no le quedan alegrías; una abuela más que se arrastraba hasta el parque a tomar el

sol y a mascar el aire, entre suspiros y quejidos. Mo consultó el reloj de pulsera: plata y engranajes regalados por su nieta en Navidad. No quería preguntarse cómo había conseguido los doscientos dólares que le había costado. Su nieta era como esos chicos con los pantalones rotos: excusas y miradas atravesadas; carne expuesta. Una generación perezosa y con la barriga llena. Mo había sido todo lo dura que hubiera sido su madre al criarla, pero algunos árboles estaban destinados a crecer torcidos. Ahora su hija malvivía en una gatera alquilada, malvendía polvo blanco y alquilaba su cuerpo por un par de billetes de dólar.

Mo buscó el crucifijo de oro que le colgaba del cuello, debajo de la rebeca de algodón almidonado, y acarició el diminuto relieve de Nuestro Señor Jesucristo.

Justo a tiempo, vio acercarse a Knoll por el arañazo en el césped, que alguien llamaría sendero. El hombre caminaba hacia ella con la lentitud de una momia en blanco y negro. Levantó una manaza y la saludó. Knoll era carne trabajada y embutida en un traje que se pegaba a su rotundidad como un escupitajo de pegamento. Mo se enderezó en el asiento y le correspondió con una sonrisa. Quería acabar pronto, volver a su casa y ver la tele antes de dormirse. No quería verlo, no quería olerle el sudor, el aliento, ni verle el pozo negro de sus ojos. Desde que murió su marido había tenido que tratar con los hombres que se ganaban la vida con la muerte. Siempre iguales, siempre con las mandíbulas tensas. Pero el dinero es el dinero y tenía que dar el encargo en persona. Eran mil dólares extra más para la maleta escondida en el jardín. Un trabajo heredado con la muerte de su esposo en una noche de pólvora y llanto; esa noche supo para qué servía la agenda con guardas de cuero en la que el pobre Donald anotaba nombres y cifras con caligrafía de banquero.

Knoll se sentó en el banco. Las manos sobre los muslos pesados y la vista dirigida hacia los pequeños que jugaban en los columpios. Un gigante rubio junto a una anciana negra. A la vista de cualquiera podría ser un trabajador de las cercanas oficinas de *Bell & Union*, o un depravado que disfrutaba viendo a los niños, sentado al lado de una vieja. Le faltaba la bolsa de la comida y los mordiscos discretos al sándwich de atún de un dólar, comprado en el *Wall-mart* para cumplir con su papel.

El hombre había ganado peso desde la última vez que se vieron. Pero la sonrisa arratonada era la misma, pese a la papada. Escondía hielo tras la dentadura y las gafas de pasta.

—¿Qué tienes? —La voz de Knoll era como la de cualquier blanquito, como la del muchacho que la atendía en el banco: gomosa, leída, falsa, y dulce como un vaso de limonada en verano.

—¿Qué tengo? Prisa por llegar a mi casa y echarme crema en las piernas, hijo. Ni tú ni yo queremos estar aquí con lo cómodos que son los teléfonos, aunque supongo que el asunto nos interesa a los dos. Yo también tengo cosas que hacer.

Knoll asintió y la sonrisa tembló. Sudaba. El blanco de sus nudillos se intensificó. Carraspeó y parpadeó tras las lentes sucias. La sonrisa blanda seguía allí.

Mo sacó un sobre enterrado en el bolso junto con los pañuelos y los caramelos de limón; lo dejó en el espacio del banco que les separaba. El hombre abrió el sobre: un fajo de billetes con las esquinas dobladas y manoseadas. Knoll paseó los dedos por el fajo y calculó mentalmente. Allí había varios miles además de un par de folios doblados por la mitad y escritos a máquina. Desdobló el primer folio y leyó por encima de las gafas. Con el ceño fruncido parecía más viejo, y las arrugas de la frente concordaban con las

de la barbilla al arrugarse. «Coburn». Chasqueó la lengua, y su mirada se paseó por el paisaje, sin detenerse en nada en particular.

—Tengo la peligrosa costumbre de olvidar a veces con qué clases de hombres tengo que tratar.

—Aquí hay mucho dinero.

—Es un encargo importante y la paga es justa. Por eso estamos aquí, viéndonos las caras. Incluso en nuestro mundo la gente respira el mismo aire. Los lobos suelen encontrarse de vez en cuando, ¿no? ¿Supone un problema?

—No lo creo —aseguró tras unos segundos.

Knoll hizo desaparecer el sobre en el bolsillo de la chaqueta. Se tomó su tiempo para hacerlo. Una niña gritó al caerse de un columpio. Una madre latina corrió en su auxilio mientras maldecía en español. El nombre escrito en el papel le recordó a una noche de hace mucho tiempo; a un techo llameante y un hombre gritando igual que lo hacía esa niña. Conocía su reputación y los cadáveres dejados a su paso. Recordó una carrera y todo el aire de la madrugada llenándole los pulmones; un cargador vacío en el peor momento y el nombre que estaba escrito de su lado aquella vez. «Tranquilo, que de aquí salimos», le había dicho. Y el cabrón había cumplido su palabra.

—Quieren que se haga lo más pronto posible. Por eso han triplicado la tarifa.

—Es mucho dinero —repitió Knoll. «Suficiente para una casa nueva y una enfermera. Al menos, durante un tiempo», se dijo. Más de lo que ganaba con el menudeo que le encargaban últimamente. Advertencias, palizas y desgraciados abandonados en un arcén con las rodillas destrozadas.

—Es mucho dinero porque es un trabajo jodido. Me han dicho que conoces al objetivo. Si es así, sabes que no es matar a un

corredor de bolsa ni a ninguno de esos mierdas que se buscan un tiro en la nuca por putear al que no debía —dijo Mo. Ella también conocía cosas sobre el nombre del papel. Cosas que no le importaban nada. Había enrejado la lengua entre los dientes y empleado su mejor caligrafía mientras la voz al otro lado del país hablaba de condiciones, de pagos, de plazos y de balas. Buena letra mientras el agua aullaba en la tetera—. Ya sabes cómo va, hijo. Si fuera fácil, habrían llamado a cualquiera del Este o a uno de esos trajeados que sólo sirven para enseñar sus pistolas y hablar como imbéciles. Por eso estamos aquí tú y yo, hijo.

—¿Soy el primero al que se lo has ofrecido?

—¿Alguna vez te han llamado el primero?

—Nunca lo he sabido.

—Lo importante es no ser el nombre escrito en ningún papelito, hijo mío —Mo soltó una exclamación ahogada—; sólo sé que el que paga ha movido este mismo nombre por muchos sitios. Otros como tú ya han salido de caza con más tiempo y por menos dinero. Alguien se está impacientando y por eso la tarifa es la que es —. La anciana se rebulló en el asiento.

Una niña que jugaba en un columpio lloraba sin consuelo; tenía la rodilla ensangrentada y su madre no hacía más que estamparle besos en el rostro churreteado por las lágrimas y la suciedad.

—Recibirás la mitad por los medios habituales y la otra mitad cuando acabes el trabajo. Todo como siempre —Mo se levantó, y al hacerlo, llenó el aire de olor a lavanda y laca—. Ya sabes cómo va. Sólo me han dicho que quieren pruebas de que el dinero ha sido bien empleado. Hasta aquí mi parte en todo esto. Espero que no nos veamos más, hijo. Supongo que lo entenderás.

»En el sobre encontrarás toda la información que hemos podido reunir sobre ese nombre. Poca cosa. Sois como sombras en un día

de invierno. Espero que te ayude en tu tarea. Ve con Dios. Si es verdad la mitad de lo que dicen sobre ese hombre, lo tendrás jodido. Pero para eso estamos, para hacer lo que otros no se pueden permitir.

Mo se levantó y se alejó, después de alisarse el vestido. Knoll la vio caminar ayudada por un bastón, sendero abajo, envuelta en un jersey tejido a mano.

Era un encargo importante, tanto como para mover a la vieja de su casa. Knoll no se preguntaba jamás de dónde o de quién venía el dinero. Alguien con mucho dinero quería la cabeza de alguien. Punto. Aunque esa cabeza fuera uno de los suyos; aunque le hubiera salvado la vida una vez. Así había sido siempre para él: tratos cerrados en un callejón o en la parte trasera de un Buick. La década agonizaba y todo seguía igual, como un mecanismo eterno compuesto por autómatas programados para un fin. Knoll sabía que su lugar era al otro lado de la sogá por el momento, hasta encontrar su nombre en un papel.

Knoll se preguntó si Coburn habría envejecido igual que él en todos esos años.

La piscina era la principal atracción del Red Dog. Agua verduzca en la que el polvo y la mugre combatían contra los cien mililitros de cloro que echaba la dueña cuando se acordaba. Un cien por cien de posibilidades de pillar una infección de orina a la primera inmersión. Quince dólares al día con cambio de sábanas cada semana y desayuno y comida en el bar. Un cartel luminoso clavado en ninguna parte que dejó de funcionar cuando Nixon juró el cargo, y módulos de madera barata que rodeaban la piscina como los carros durante el ataque indio de un western.

Coburn llevaba tres semanas allí y se había acostumbrado al tocino carbonizado, las cucarachas y a no hacer nada más que beber y guardarse la espaldas.

México estaba a una insolación de allí. Sólo tenía que ponerse a caminar por la senda de las mulas de la droga, a la luz de la luna. Era un gringo con demasiados motivos como para no cruzar la frontera de El Paso con una sonrisa en los labios y las manos en los bolsillos. La documentación que llevaba no superaría el examen de un agente entrenado, ni siquiera de uno borracho. El nombre que aparecía en su carné nuevo era el de un surfista de San Diego que murió atropellado, o eso le dijeron. La fotografía era una mueca ebria delante del objetivo.

Su plan de fuga incluía coyotes, pies doloridos y la promesa de que la bebida era más barata que en los Estados Unidos. Dormir con un ojo abierto con un poco de suerte. En su habitación tenía una bolsa llena de billetes arrugados, un Colt del ejército y un par de cargadores.

Coburn arrastró una silla de plástico hasta el borde de la piscina y se sentó de cara a las colinas. Pasaba las mañanas mirando el horizonte hasta que el calor le obligara a volver a la sombra de la habitación. Arbustos pardos como granos en el rostro de una adolescente salpicaban las laderas. Incontables marcas, zarpazos de tierra removida, veredas sin cicatrizar y trochas que terminaban en barrancas y pozos. Geografía asimétrica y adulterada. El asfalto era una extravagancia curvilínea en donde circulaban camionetas *pick-up* y autobuses. Un rebaño de moteros quemaba rueda en dirección a la autovía. Coburn entornó los ojos para distinguir el nombre en los chalecos sin mangas: vocales y consonantes indistinguibles se difuminaron entre motores revolucionados y luces de freno.

Una sombra cayó sobre la suya, acompañada por el tintineo del metal contra el metal. Coburn inclinó el cuello para ver quién se acercaba.

—¿Hoy vamos a contar las camionetas cargadas de chicanos o prefieres mirar al sol hasta que se te quemen las pupilas?

La propietaria de la sombra sobrepasaba los sesenta y olía a una combinación calculada de sudor, lejía y perfume. Un anillo de grasa rodeaba su cintura. La vejez le había ganado la partida dos décadas atrás y no parecía importarle. Decía llamarse Mary McBay de Queens, pese a que su acento era más sureño que un banjo. Regentaba el Red Dog, ocupación que consistía en espantar las cucarachas de los cuartos de baños y de los platos de judías. Ella y Coburn habían forjado una delicada amistad basada en la escasez de preguntas personales.

—Pronto me marcharé.

—De esto estoy segura. Lo llevas escrito en la cara desde que llegaste. Todos los días te sientas aquí y miras la carretera como

un perro mira la rueda de un coche. Nadie se queda aquí para siempre. Bueno —hizo un mohín que en tiempos fue encantador—, un cliente, creo que era de Delaware, de la habitación veinte; murió sobre un travesti, hará un par de veranos y nadie reclamó el cadáver.

Coburn se rascó la mandíbula: piel rasurada con el esmero de la costumbre. Desde su huida de Los Ángeles se había dejado un bigote que se derramaba más allá de la comisura de los labios: como un cuatrero de serial que empleaba tácticas de camuflaje burdo, de novato.

—Hoy sería un día tan bueno como cualquier otro.

—Me pagaste hasta el domingo y hoy es jueves.

—No tiro de la cadena desde el lunes. —Coburn levantó la mirada y sonrió. Mostró los dientes lo justo. El rostro de Mary era una mancha oscura que eclipsaba el sol.

—Me parece justo. Despidete si te marchas. Eres un buen huésped; pagas con billetes pequeños y no escupes ni te meas en la cama. Espero que disfrutes mirando las colinas mientras tanto.

Mary McBay se alejó con paso casi militar: zancadas abiertas y el zascandileo de pulseras y pendientes de coral falso. En busca de nuevos insectos que espantar, tal vez, o en los colchones apulgarados o la piscina con el filtro sucio. El Red Dog era un depósito de viajantes, parejas fugadas, aventuras de homosexuales y gente perdida. Coburn fumó bajo el sol. Encendía un cigarrillo con la lumbre del que acababa. Sólo rompía el ritual al beber de la petaca que descansaba en su regazo. El alcohol le ayudaba a fijar la vista y recordar lo peor. Tres semanas en el mismo lugar le convertían en un pato con las patas hundidas en un lodazal. Había huido de Nueva York para un encargo en Los Ángeles, que acabó en hiel y un navajazo en las tripas, que no terminaba de curarse. Cruzar la

frontera era una salvación esquinada y frágil. Esperar a que todo se calmara y ver qué hacer después. Conocía a un par de tipos en El Paso que podrían darle trabajo, y un agujero donde meterse sin preguntas. El Sur era un mal sitio donde regresar. Demasiados recuerdos más allá de la frontera; demasiados fantasmas y vivos que se la tenían jurada pese a los años.

Y tenía a Quint.

El nombre revoloteaba en el cerebro lleno de algodón y empapado en whisky. Humilladero estaba a pocos kilómetros de allí. Sólo tenía que conducir un poco más y llamar a su puerta. Si estaba aún vivo. Treinta años son muchos y puede pasar cualquier cosa. El corazón puede reventarte una mañana, te puede comer el cáncer o atropellarte un camión cargado de ilegales. Coburn se imaginó a un Quint sin el uniforme ni esa expresión de hijo de puta que nunca se le iba del rostro. Le añadió tres décadas con sus disgustos y sus quebrantos. Visitar a un amigo en la hora de la necesidad. No era mala idea después de todo.

La carretera general se partía en un camino de tierra que llevaba al Red Dog. Un coche enfiló la pequeña cuesta en dirección al aparcamiento del motel. Coburn lo vio frenar y detenerse a pocos metros de la recepción. Un Ford Cortina color crema; la carrocería estaba cubierta de polvo y el aire recalentado vibraba bajo el tubo de escape. Coburn vio a dos hombres bajar del vehículo; lentos, con las espaldas entumecidas y los ojos ocultos por gafas de sol polarizadas. Los observó mientras hablaban entre sí y se tiraban de las camisas pegadas a la piel.

Coburn dejó la petaca en el suelo y le dio una calada al cigarro. Dos viajantes más, como tantos. Tipos con las maletas llenas de muestras y el anillo de casado escondido en la guantera. Cabello

engrasado y kilos de más en uno de ellos. El otro era un insecto palo revestido de paño y seda de tercera. Pero esos dos hombres no parecían viajantes. No sacaron nada del maletero, no revisaron ninguna lista de proveedores. Sólo eran rasgos escuetos tras unas gafas de sol. Mary salió a recibirlos y les dijo algo que Coburn no pudo oír. Los dos hombres asintieron y desaparecieron en la recepción.

Mike Marino sostuvo la puerta para que Toby pasara a la oficina. Olió la menta que le envolvía y arrugó la nariz. Había pasado trece horas encerrado en un coche junto a un tipo que se rociaba spray mentolado contra el mal aliento cada tres minutos. Menta y búsquedas en la radio de los canales deportivos; góspel y charlas insípidas sobre armas y mujeres. El Red Dog era la última parada en un plan improvisado escrito sobre un mapa de carreteras. Una línea escrita con tinta roja y la corazonada de un cazador de cabelleras. Habían seguido el rastro desde Los Ángeles, después de sacarle algunas respuestas a una drogadicta que había vendido a su hombre por unos gramos de heroína y unos dólares arrugados.

—Bienvenidos al Red Dog—saludó Mary encajada tras el mostrador. Las llaves que colgaban del corcho que tenía detrás hacían juego con sus pendientes.

—Gracias, señorita—dijo Toby. Las gafas de sol resbalaron por el breve puente de su nariz. El spray bucal siseó veloz.

—Queríamos una habitación.

—Camas separadas—matizó Toby.

—Por supuesto.—Mary usó la sonrisa aprendida tras doces años tras el mostrador: dientes pintados con nicotina y vacío en la mirada.

Los dos futuros clientes tenían poco de viajantes. Los vendedores no llevaban camisas de seda ni se peinaban como si quisieran

arrancarse el cuero cabelludo. Mary había visto a hombres como aquellos: de los que se van esposados de madrugada por moler a golpes a su mujer en la habitación del motel; o de los que acaban cualquier discusión con un golpe en la mesa y la marca de su mano en las mejillas.

—¿Hay algo interesante por aquí? —quiso saber el más alto, el del aliento de menta artificial.

—En la casa tenemos un bar. No les recomiendo la piscina. Tengo que arreglarla. El cloro y las bacterias, ya saben.

—Mi mujer cogió una infección de orina por culpa de una piscina sucia —dijo el más bajo. Las carnes flácidas le amansaban el gesto. La sonrisa de Santa Claus bien afeitado también ayudaba.

—Por eso aviso.

—¿Y algo que no sea coger infecciones en los genitales?

—A un par de millas está Humilladero: cuna de fertilizantes, de la mejor carne del Estado, y joya de la frontera. Allí tienen bares más animados y muchas más cosas que hacer. El Red Dog ofrece sábanas decentes y el mejor precio a este lado del río.

—Buen lema. Yo lo escribiría en una placa y lo colgaría ahí, sobre el tablón de las llaves.

—Siempre agradecemos los consejos de nuestros clientes.

Mike se acodó en el mostrador. Mary pudo oír el crujido de la seda de la camisa al tensarse. Entrelazó los dedos: gruesos y adornados con anillos de oro, como preparados para un besamanos.

—El caso es que no estamos aquí para dar consejos, señora. —Tenía manchas en las manos. Pecas de diferentes tamaños y un tatuaje diminuto entre el pulgar y el índice: una estrella—. Estamos buscando a un hombre. Y tal vez haya pasado por su motel.

—O esté alojado todavía —apostilló Toby.

—No tengo por costumbre dar ese tipo de información a nadie

que no lleve una placa y una buena razón. Y ustedes no tienen aspecto de tener ninguna de las dos cosas.

Los nudillos, a menos de medio metro de la cara de la mujer, se volvieron blancos durante un segundo, como un espasmo que acompañó la sonrisa de Mike Marino. El nudo de falanges se deshizo y una mano se perdió en un bolsillo. Un par de billetes de cien fueron a parar al mostrador.

—La policía no premia las respuestas inocentes —dijo Toby. Se relamía los labios mientras buscaba el aire azotado de un ventilador que colgaba de la pared.

—No hay respuestas inocentes a sus preguntas.

—Pero si no ha escuchado la pregunta. —Mike captó la mirada de la mujer. Lo hizo con la voz susurrante, reservada para las chicas traídas de Europa que se pasaban de listas.

—Sólo tiene que decirnos si ha visto a un hombre de unos cincuenta años, más o menos así de alto. —Toby colocó el dorso de la mano a la altura de su barbilla—. Con la cara afilada; de esos que pretenden pasar desapercibidos en todo momento. Tal vez estuviera herido.

—¿No tiene una foto? Tipos así sobran por estas tierras.

—No es de los que se dejan fotografiar. Es un tipo peligroso, se lo aseguro.

Mary cogió el par de billetes y los alisó con la punta de los dedos. Dos veranos atrás, un par de hombres preguntaron cosas parecidas en ese mismo mostrador. Las mismas sonrisas y las mismas voces grises. Mary las contestó sin que hubiese dinero de por medio. Al día siguiente encontró a un hombre, un desgraciado que decía ser un predicador de Ohio de camino a un retiro espiritual, con dos tiros en el cuerpo: uno en el cuello y otro justo debajo del ombligo. Se había desangrado como un cerdo. En los periódicos

dijeron que había sido un ajuste de cuentas. Drogas, dijeron. Como siempre.

—Un par de clientes como los que... han descrito estuvieron alojados aquí. Hará una semana. Uno de ellos cojeaba. —Los dos tipos se miraron. El gordo se enderezó como uno de esos muñecos que se hinchan con aire comprimido—. Lo recuerdo porque el último que estuvo pagó más de la cuenta, como si tuviera prisa. Son de esas cosas que se te quedan grabadas.

—¿Y cómo era?

—Parecía a punto de entrar en esa edad en la que empiezas a encorvarte y echar barriga. Mal encarado, con el cabello grasiento. Como si fuera del este.

—¿Y hacia dónde se marchó?

—No lo sé. Al Sur como todos.

«Tres semanas ha sido demasiado tiempo, viejo.» Coburn lanzó el cigarro a medio fumar a la piscina y se levantó. Caminó hacia su habitación con las manos en los bolsillos. Los cristales de la oficina estaban opacados por papeles clavados con chinchetas y sólo pudo adivinar cuerpos trajeados, inmóviles. «Sólo eres un gilipollas en camiseta que ha querido probar si la piscina tiene tanta mierda como parece», se dijo. Llegó a la habitación con el corazón desbordado. Guardaba el Colt en el cajón de la mesita de noche, junto a la Biblia de los Adventistas. Se había deshecho de todas sus armas después de lo de Los Ángeles y había comprado la pistola a un chico con los dientes de oro por un precio excesivo. Cachas de madera y la fiabilidad de un hierro que llevaba décadas usándose. Coburn hizo correr una bala hacia la recámara con gesto distraído. La noche anterior había limpiado la pistola mientras veía MASH y la había dejado cargada. El dedo índice al seguro, antes de apoyarlo

en la guarda del gatillo. No podía ver nada a través de la mirilla y entreabrió la puerta. Se pegó a la hoja de madera falsa. Sintió el olor a licor al respirar sobre el panel.

Contó hasta cien mientras sudaba todo el alcohol de la mañana. Se imaginó a la dueña del Red Dog hablando de él y a los dos tipos mirándose entre sí con sonrisas lupinas y asentimientos. «Sí, hay un cliente que se le parece. ¿Pasa algo?» Bastaba con hacerse pasar por policía o investigador privado. No hacía falta encajar un billete entre los dedos. La gente está deseando hablar.

Al cabo de unos minutos la puerta de la recepción se abrió y la pareja de trajeados volvió al coche; sacaron una maleta de la parte trasera y caminaron por el pasillo que, protegido por columnas y tablas de aglomerado, llevaba a las habitaciones pares. Los perdió de vista, pero pudo escuchar el murmullo de conversación y el llavero tintinear al abrirse la cerradura.

Era el momento de huir.

Seguir un rastro no era difícil para las personas adecuadas. Coburn había hecho ese mismo trabajo muchas veces. Cazar a una persona era un ejercicio de paciencia y tiempo bien empleado; simplemente había que pensar como una presa; como un conejo ante las luces de un camión en plena noche. Olisquear las costumbres en una sábana sucia o en el tique de un bar de carretera. Palabras en boca de camareros lenguaraces o putas que aprenden a escuchar mientras miran al techo. Todos hablan; todos miran; todos escuchan. Y a nadie le importa.

Y él había dejado un camino de migas de pan que cualquier profesional podía seguir.

Su ropa cabía en una bolsa de deporte. Prendas sin lavar, arrugadas, impregnadas de dejadez. Las manos temblorosas mientras guardaba unos calzoncillos sucios de forma torpe, la pistola aún